

mundo gráfico



La muerte de Pestaña



La muerte de Angel Pestaña ha causado un profundo sentimiento. El cadáver de este gran luchador proletario fué expuesto en los locales del Partido Sindicalista — que él había fundado —, por donde desfiló un enorme gentío. Ved, en la parte superior de la página, el cadáver, expuesto en los locales citados. Abajo: Unas cuantas muchachas trabajadoras que figuraron en el entierro del líder sindicalista
(Fots. Torrents)

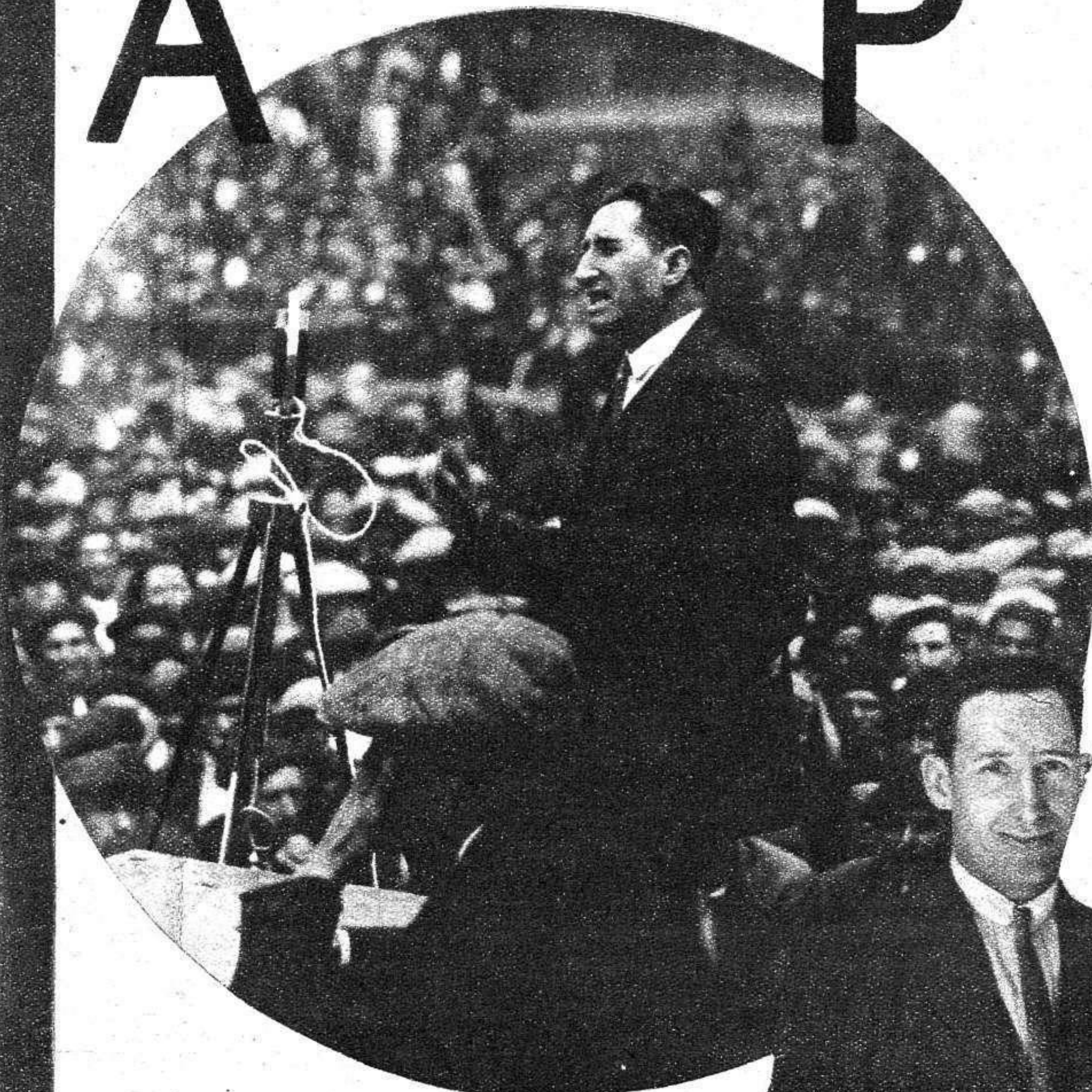
Miércoles, 22 de
Diciembre de 1937

AÑO XXVII
Número 1.364
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID



UN GRAN HEROE CIVICO

ANGEL PESTAÑA



ANGEL Pestaña, el líder sindicalista, ha muerto en Barcelona. Una víctima más de la lucha que ensangrienta España. Un auténtico héroe cívico. La constitución física de Angel Pestaña—minada por muchos años de sufrimientos, persecuciones y trabajos—no ha podido resistir la dura prueba de la guerra.

Fué, ciertamente, Barcelona el gran escenario glorioso y dramático de la más intensa actuación de Angel Pestaña. Desde el año 14 al 23 es Pestaña uno de los caudillos de la enorme lucha sostenida por el proletariado catalán. Con el *Noy del Sucre*, con Massoni, los Ascaso, Durruti, Boal y tantos otros, Pestaña hace frente a aquel «terrorismo blanco» que la alta burguesía barcelonesa desencadena contra las reivindicaciones de los Sindicatos. Eran los tiempos de las bandas de pistoleros de Arlegui, a sueldo de las Patronales.

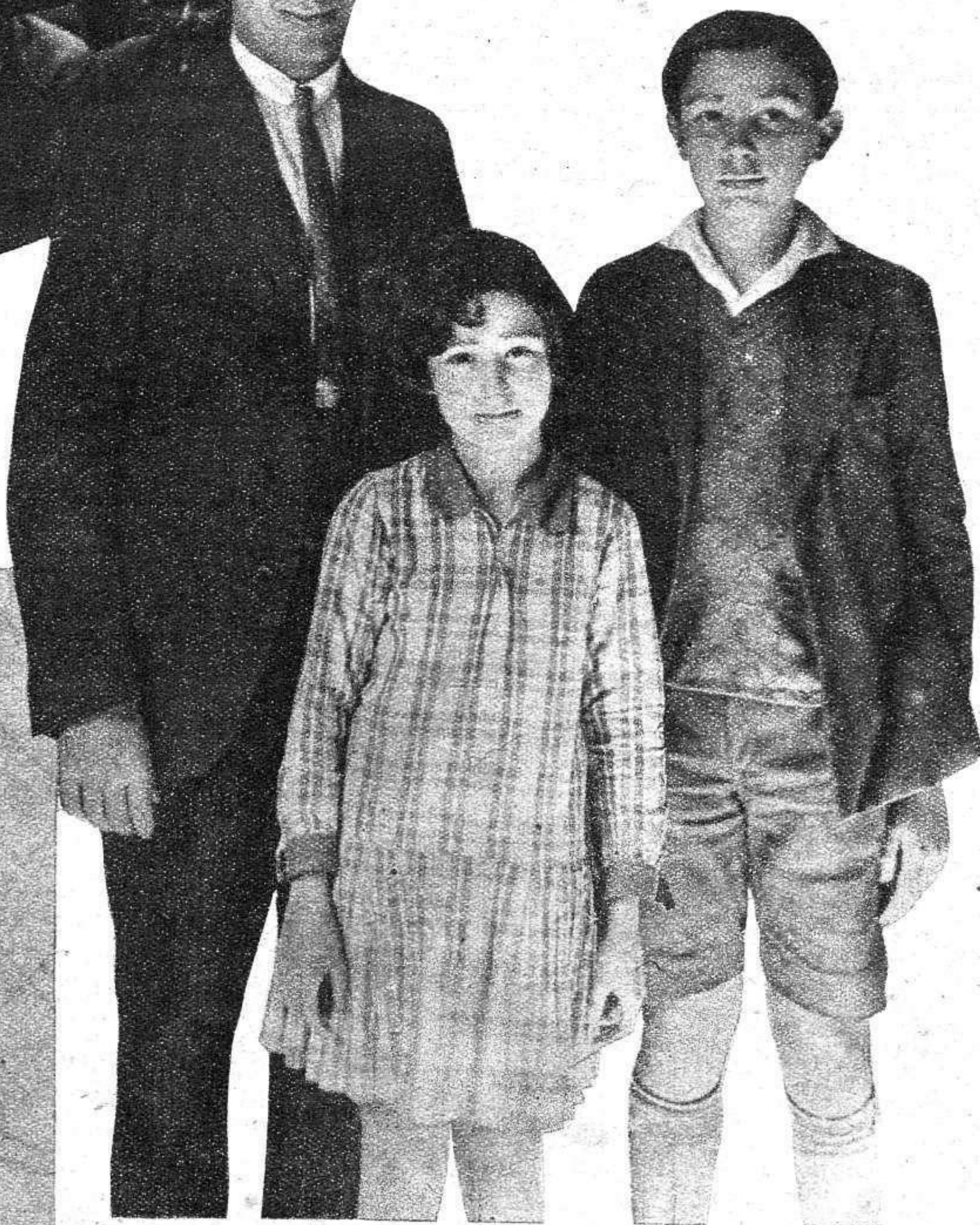
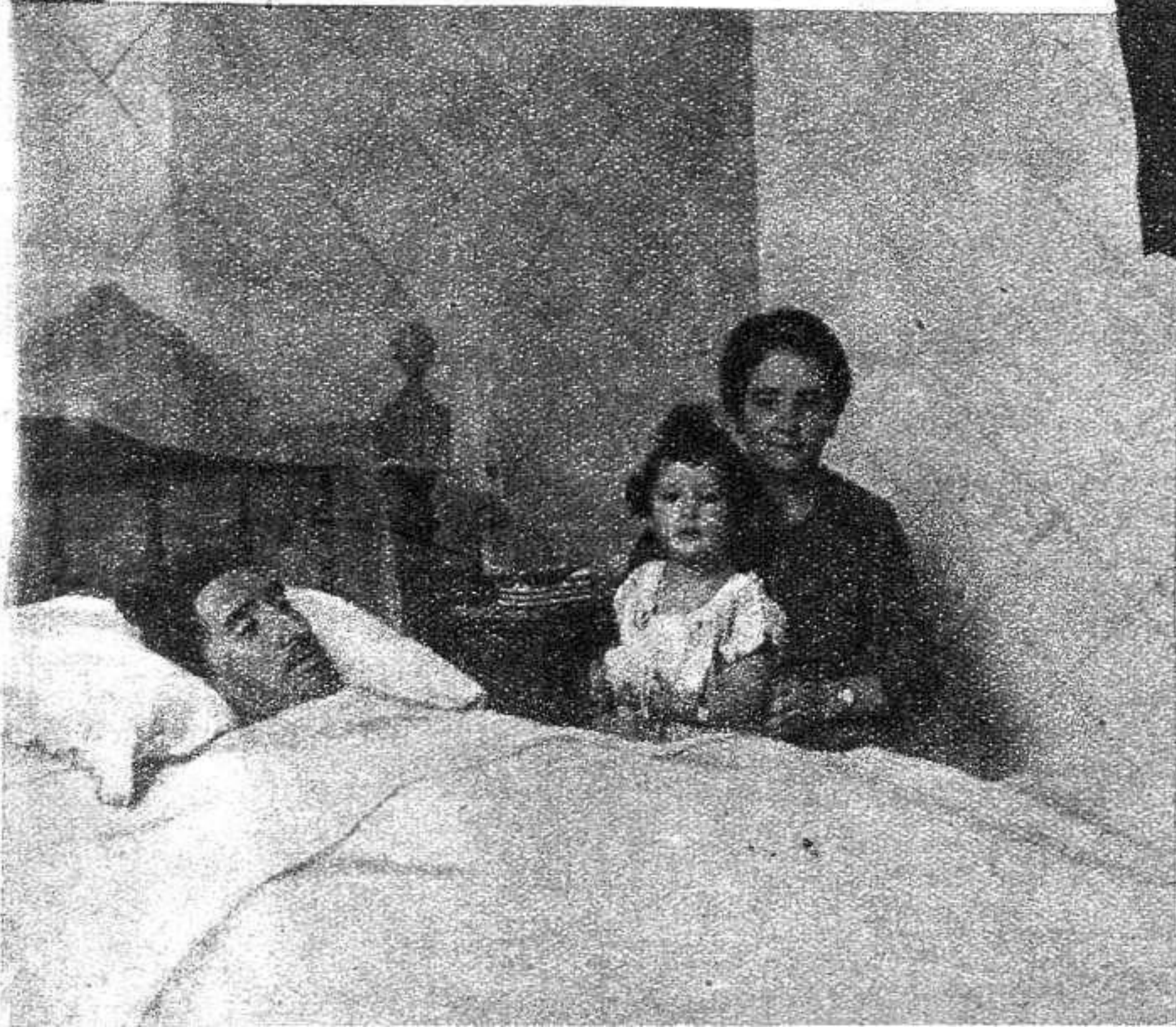
Un día los asesinos de Layret inmolaban a Seguí; otro caía Evelio Boal. Angel Pestaña va a un mitin en Manresa, y lo acribillan a tiros. Gravemente herido está en el hospital. No muere. Pero el caudillo, postrado en el lecho, aun despierta la codicia enemiga. Quieren rematarlo. Para relevar a la guardia puesta al hospital llegan de Barcelona unos pistoleros disfrazados de agentes de la autoridad. Su misión es acabar con la vida precaria del líder. No consiguen su propósito, porque alrededor del hospital han montado centinela compañeros leales, que descubren a los falsos guardias y evitan el asesinato.

De episodios así estaba esmaltada la vida de Angel Pestaña. Le conocimos en 1917, en los días que siguie-

↑ Uno de los últimos actos públicos en que intervino Angel Pestaña: un mitin de afirmación obrera en Barcelona. El líder sindicalista era un orador enérgico y sobrio, conciso y tajante, sin retóricas vacías ni tópicos gastados.

El año 1921—los días más agudos de la lucha social en Cataluña—Angel Pestaña es objeto de un atentado en Manresa. Vedle aquí, convaleciente de las heridas, en el hospital de la ciudad, con su esposa y su hija ↓

Angel Pestaña, hombre de hogar. En esta fotografía se ve al gran luchador, que acaba de morir, retratado junto a dos de sus hijos, hace cuatro años





Tres momentos del entierro de Angel Pestaña en Barcelona. Arriba, a la izquierda: Los señores Prieto, Martínez Barrio, Companys, Giner, Ayguadé y otras representaciones oficiales, en la presidencia del duelo. — A la derecha: El entierro a su paso por las Ramblas. — Abajo: El cadáver al ser socado del local del Partido Sindicalista, donde había estado expuesto al público

ron al movimiento llamado de «las Juntas de Defensa». Pestaña dirigía *Solidaridad Obrera*. No era fácil encontrar entonces a Pestaña. La *Soli* sufría tres o cuatro denuncias por número y todos los días la Policía visitaba la Redacción.

Pestaña, que no bebía, que no fumaba, que era de una frugalidad extrema en las comidas, escribía muchas veces sus artículos y dirigía el periódico, cuyo local sitiaban los guardias, en un cafetín de una calleja por los alrededores del Arco del Teatro. Aquel «bebedor de agua» enérgico, tenaz, perseguido; aquel anarquista cuya vida estaba expuesta a perderse diariamente, tenía, sin embargo,

Angel Pestaña en los días áspersos de sus luchas en Barcelona, hace quince años, cuando muchas veces la cárcel era el final de sus mítines de propaganda proletaria

(Fots. Merletti)

aun en aquellos tiempos de extrema lucha, una extraña serenidad. Reposo en el ademán, serenidad en las ideas, precisión en el verbo. Admiraba en Pestaña su clara visión política, su sentido constructivo de la política, su ecuanime valoración de la realidad. El ambiente era de lucha exasperada, propicio a todas las exaltaciones. En él, Pestaña era la ecuanimidad; sus más audaces concepciones ideológicas estaban frenadas por un profundo sentido de la responsabilidad y, sobre todo, por un alto sentimiento de solidaridad humana.

Pestaña, anarquista, era profundamente español. Castellano de origen, de tierras leonesas, pese a su internacionalismo ideológico, en él palpitaba irreductible un concepto racial de la Patria, un sentido puramente celtíbero de la independencia.

En sus famosas «doce palabras de la victoria», habladas en Madrid al empezar el año 1937, Pestaña dijo: *Venceremos, porque somos los descendientes de los que antes de ver el suelo donde nacieron sus padres hollado por la planta extranjera prefirieron morir en defensa de sus libertades y de su suelo.*

La ideología de Pestaña, proyectada hacia el futuro de una España grande, pero justa y libre, tenía una auténtica enjundia tradicional. Su sindicalismo generoso, henchido de aliento humanitario, encontraba sus raíces, profundamente españolas, en la tradición representada por los comuneros de Castilla, las germanías valencianas y los gremios andaluces y catalanes.

La guerra sorprendió a Pestaña en pleno proceso evolutivo. Apartándose del apoliticismo de sus años heroicos, había fundado un partido político.

El estallido de la sublevación militar hizo abortar el magnífico fruto que se hubiera logrado de una colaboración activa de Angel Pestaña en la política gubernamental de la República.

Angel Pestaña fué desde el primer momento un combatiente más. En las trincheras de Guadarrama y en los caminos de Madrid, el veterano luchador se arriesgó como el miliciano más bisoño.

El 8 de Noviembre Pestaña salió de Madrid a cumplir una misión que había de contribuir en gran manera a salvar del alud fascista a la capital de la República.

Fué a Albacete a organizar los envíos de todo cuanto en Madrid faltaba y era necesario para su defensa. Durante un mes Pestaña trabajó frenéticamente, incansablemente, hasta el agotamiento. Madrid tuvo lo que necesitaba. El líder quedó extenuado, enfermo. Aquellos treinta días de excesiva tensión agotaron sus fuerzas.

Desde entonces vivió hospitalizado, sostenido tan sólo por el espíritu. Aun el día final de año pudo venir al Madrid heroico y mártir a pronunciar sus luminosas «doce palabras de la victoria».

Ha muerto sin haber visto su aurora presentida. Con él se ha extinguido uno de los más grandes valores de nuestro tiempo: Angel Pestaña era, ante todo y sobre todo, un auténtico gran español, un cerebro de clara visión política, una conciencia plena del sentido de la responsabilidad y un corazón henchido de solidaridad humana.

JUAN FERRAGUT

Ahora que se recuerda
a Pablo Iglesias

Los combatientes
que tienen una
blusa de albañil
por bandera



Cómo vivía
Juan
José

Los jornales, las huelgas
y las costumbres de entonces

ACABA de cumplirse ahora un nuevo aniversario del estreno de *Juan José*. Fué en el otoño de 1895. Desde entonces, el albañil del drama de Dicenta encarnó toda la protesta de los trabajadores españoles frente a la injusticia social, y su blusa sirvió de bandera de lucha a las muchedumbres obreras revolucionarias. Cuarenta y dos años ya de forcejeo entre dos conceptos del capital y del trabajo absolutamente incompatibles, que hoy están ensangrentando a España. Por eso tenía que ser Juan José un combatiente en esta guerra. Acaso un poco viejo ya para empuñar el fusil; pero todavía con bríos suficientes para alinearse junto a los camaradas proletarios que quieren hacer imposible su drama para el porvenir.

Juan José está combatiendo con cada uno de los compañeros en los grupos de Fortificaciones. Albañiles, carpinteros, estuquistas, poceros, como él trabajadores de la Edificación madrileña, que si supieron convertir el andamio en tribuna de mitin cuando las armas eran la palabra y el pensamiento redentor, han sabido ahora convertir también en instrumentos de combate las herramientas de sus oficios cuando son otras las armas en guerra.

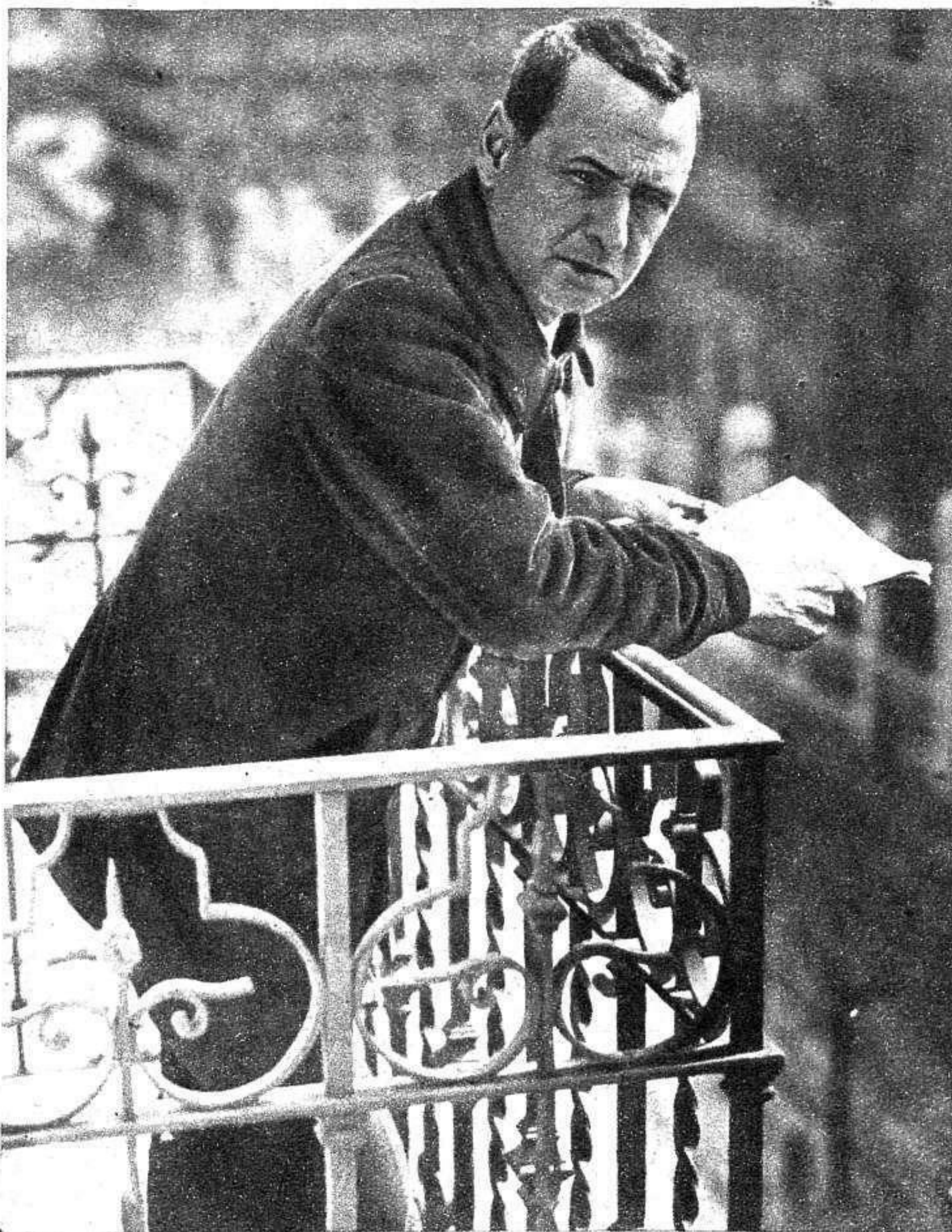
El trabajo del albañil en los tiempos de «Juan José»

Vicente Arroyo, albañil desde 1894, desde los años de *Juan José*, es hoy vocal de la Directiva de la Sociedad El Trabajo y responsable de almacén de Fortificaciones.

—Entonces el peón suelto, que es como se empezaba a trabajar, ganaba dos pesetas; un real más, el peón de mano; diez reales, los ayudantes; tres pesetas con cincuenta céntimos, el oficial—recuerda—. Se trabajaba desde las seis de la mañana hasta las ocho, en el verano, con un descanso de media hora para el almuerzo, y otra vez desde las ocho y media hasta las doce. Luego, por las tardes, desde las tres hasta que encendían en las calles los faroles, que eran ya las ocho o las ocho y media... En invierno, desde las siete y media hasta las doce, por las mañanas, y desde la una hasta el anocheecer. Y sometidos a la voluntad del contratista o del encargado, que tomaban o despedían caprichosamente al personal. Podían echarle a uno sin previo aviso y a cualquier hora.

Todavía no existía la ley del Descanso Dominical. Pero ya una costumbre interrumpía el trabajo los domingos. Si al contratista o al encargado no se les antojaba que se trabajase el domingo también. Y en este caso, si-gue recordando Vicente Arroyo:

—En este caso, ya se sabía. La orden se daba así: «Mañana, domingo, se trabaja. El que no venga, que ya no venga tampoco el lunes». Y había que trabajar. Había que ir. La Sociedad de Albañiles, por entonces en su



El intérprete y el autor de «Juan José»: Emilio Thuillier y Joaquín Dicenta, el actor y el escritor admirables, que unieron para siempre a sus nombres el título de aquel drama famoso

primer local de la calle de Jardines, con el Arte de Imprimir, y los Metalúrgicos, y los Carpinteros, carecía aún de fuerza para oponerse a aquel trato de esclavitud del trabajador. Y al llegar cada Primero de Mayo, los encargados en las obras repetían aquella canción amenazadora: «Mañana se trabaja. El que no venga, que no vuelva más». Hasta que llegaron las primeras huelgas. La primera, la de Nieto, en la calle de Toledo, para obligar al patrono a readmitir a un trabajador injustamente despedido. Y se ganó. Después, otra huelga, que degeneró en un lock-out. Y la de Espada, en la Carrera de San Jerónimo, por el aumento de veinticinco céntimos en los jornales. Que se ganó también. Poco a poco, las Sociedades obreras, con el ejemplo de sus dirigentes y sus propagandas educadoras, iban creando en la conciencia de los obreros un sentimiento de dignidad colectiva.

Y así se llegó al año 1924, en que la constitución de los Comités Paritarios, en los que ya los trabajadores ejercían autoridad en las cuestiones del trabajo, aquella situación de esclavitud tenía que terminar.

Cómo vivía el albañil de hace cuarenta años

Vicente Arroyo se ha vestido la blusa blanca, anudada a la cintura por que no se le enganche el vuelo en el andamio, para ir conmigo a rehacer la figura del albañil de hace cuarenta años, de Juan José, que pudo ser él mismo, en el escenario vivo y auténtico en que el drama de Dicenta se desarrolló. Una taberna madrileña de un barrio jornalero de las que no se han rendido aún al bar.

—Juan José, terminado el trabajo—dice Vicente Arroyo—, vivía en la taberna. No sabía leer, no encontraba en sí mismo fuerzas morales con las que rebelarse contra un maltrato social que a él le parecía destino insuperable. El vino. Además, en la taberna podía comer relativamente bien con un jornal exiguo. Un cocido costaba cuarenta céntimos. Con su tocino, sus judías, su pedazo de carne... Y aunque el jornal era corto, por sesenta céntimos, con el pan y el vaso, había comido un albañil.

Luego fué cuando las organizaciones sindicales creaban sus periódicos, y sus bibliotecas, y hacían de sus reuniones y de sus mítines aulas populares en las que el trabajador podía ir modelando su entendimiento y su voluntad. Ahora—añade Arroyo—, de aquellos albañiles ninguno está en edad militar ya. Y no podíamos incorporar-nos al Ejército que lucha por que no vuelvan a ser Juan José los albañiles. Pero con el pico y la pala nos agrupamos en las organizaciones civiles de fortificación.

Y es que Juan José ya sabe lo que no sabía hace cuarenta años.

JOSÉ ROMERO CUESTA

PALABRAS DE **LLOYD GEORGE** EN ESTA HORA GRAVE DE EUROPA

«La Sociedad de Naciones se ve atacada de hemiplejía.»

«No es posible espantar a un tigre para que deje a su víctima sacudiéndole un pañuelo desde gran distancia.»

«La democracia ha caído en manos paralíticas que no pueden coger, por su temblor, el puño de la espada.»

Reproducimos en esta página algunos párrafos del interesante discurso que el ilustre político inglés Lloyd George pronunció, hace unos días, en Londres, y que fué un dramático grito de alarma ante la grave situación por que hoy pasa Europa.

EN el curso de los últimos años se han triplicado, y en algunos casos cuadruplicado, los armamentos del mundo. Se habla de esfuerzos hechos con objeto de obtener una pacificación general; pero a la Liga de Naciones no se la menciona para nada. No hay que meterla en estas cuestiones, para no causar ofensas. Este es el hecho fundamental: que el organismo que fué creado de común consentimiento—incluso de Alemania, Italia y Japón—, con el propósito de asegurar la paz del mundo, ha sido relegado, dejado al margen. Este gran cuerpo de la paz se ve atacado de hemiplejía. Su lado derecho, paralizado; su brazo izquierdo, seco; su voz, débil, inaudible, delirante. Yace arrebujado en su lecho, allá en su gran palacio de Ginebra, sin que nadie le consulte, sin que siquiera se le aluda.

Estamos en peor posición hoy de la que estábamos para hacer una paz ventajosa, porque estos pueblos se han comprometido unos con otros. Están formando una federación poderosa más temible, que entonces no existía. Los poderes autocráticos son infinitamente más poderosos ahora que lo fueron entonces. Los poderes democráticos, por el contrario, son mucho más débiles que entonces lo fueron. Hemos perdido por la demora más de lo que nadie pueda suponer. La Historia nos lo contará. De nada sirve el no querer comprender la amenaza que se ha desarrollado en los dos o tres años últimos.

De nada valen estas conversaciones con Alemania, ni estas cartas secretas a Alemania, como si se tratara meramente de una cuestión sobre lo que ha de suceder a Checoslovaquia o sobre que la selva africana va a ser transferida a Alemania. La cosa ha ido mucho más allá. La libertad, la democracia internacional están en peligro.

Hay enemigos sobre la marcha. Crecen en potencia, audacia y poderío desesperado. Esta es la verdadera situación en el mundo hoy día.

La selva internacional se parece mucho a la selva natural. En ambas hay dos clases de animales. Hay los que se comen a sus semejantes y hay los otros pobres que son devorados...

Cuando Neville Chamberlain hablaba a su auditorio el otro día acerca del porvenir del comercio, dijo que este programa del rearme iba a proseguir por muchos años. ¿Por qué? Después de haber escrito su carta a Italia, después de haber tratado de acercarse a Alemania, después de la idea de pacificación general que había concebido por vez primera, después de todo eso, no os preocupéis: el programa de rearme prosigue. ¿Qué quiere decir todo esto? Esto es una farsa, es una locura. Si va a proseguir el rearme en tal escala, no habrá paz...

No es posible espantar un tigre para que deje a su víctima sacudiéndole un pañuelo desde gran distancia.

El despotismo autocrático tiene jefes resueltos, valerosos y arrojados. En esto hay algo de imaginación. Pero cuando volvemos los ojos a los países democráticos, los encontramos temblando, irresueltos.

En todas las crisis de los últimos años—siento tener que decirlo—, los países democráticos han sido siempre cobardes, retraídos, y se han echado las culpas unos a otros por cada retirada.

América nos culpa a nosotros por no haber cooperado con ella en lo de Manchuria; Francia nos culpaba de haberla retenido en lo de España, y nosotros estamos culpando a Francia por la perfidia de Laval, sólo como excusa de la nuestra.

Inglaterra y Francia culpábamos a América por su indiferencia y su apartamiento de los derechos internacionales, y América está acusando—o tal vez bendiciendo—al Océano Atlántico porque la tiene separada tres mil millas de la escena del martirio de la libertad de Europa.

La autocracia ha levantado dos o tres grandes hombres resueltos, sin misericordia y sin escrúpulos, pero también hábiles, valientes y que no conocen el temor. La democracia ha caído en manos flácidas y paralíticas que no pueden coger, por su temblor, el puño de la espada.



Una pregunta posible

EL invierno está ya aquí, entre nosotros. Con sus lluvias y sus ventiscas, sus nieblas y sus fríos. Se encharcan los caminos y hay caperuzas de nieve en los picachos de las montañas.

En las ciudades, como en los campos, tiene el viento dramáticos aullidos.

Ahora, bajo la guerra, es doble la dureza del invierno. Cuando Diciembre llega surge, necesariamente, en el pensamiento de muchos la imagen del frío y de la lluvia en las trincheras. Y también la imagen del invierno en las ciudades que tienen la guerra a sus puertas. De estas ciudades, ninguna ha sentido la lucha como Madrid: de un modo tan intenso, tan continuado. Los frentes, con el pasar de los días, han ido cambiando. La actualidad ha traído y llevado nombres de zonas y de ciudades. Sólo Madrid, desde hace ya más de un año, es primer plano de la guerra y centra en torno a su nombre curiosidades y apasionamientos.

Por esa actualidad constante de nuestra ciudad habrá en muchos —ahora, cuando un nuevo invierno llega— un interrogante. ¿Y Madrid? ¿Cómo será el invierno de Madrid?

Los chiquillos que juegan entre cañonazos

Y dentro de ese interrogante, otro, más concreto: ¿Cómo será el invierno para los chiquillos de Madrid? Seguramente, la pregunta ha sido formulada en muchos, con más pasión aún desde lejos, desde donde se sigue con emocionada expectación la vida en guerra de nuestra ciudad. Los chiquillos de Madrid.

Los «chavales» que juegan sobre un fondo sonoro y terrible de abusos. Que han visto la muerte cara a cara, que han aprendido a «jugar a la guerra» en una escuela de realidades dramáticas. ¿Cómo será para ellos el invierno de la ciudad en guerra?

Ha sido ésta una preocupación fundamental para los hombres que tienen en Madrid a su cargo la alimentación de los niños. Se ha tendido no sólo a resolver el problema del día—ya de por sí de un volumen extraordinario—, sino a prevenir, a mirar hacia adelante. «Que a los chiquillos de Madrid no les falte la leche de cada día». Pero, al mismo tiempo, junto a esta preocupación, otra, más ambiciosa: «Que a los chiquillos de Madrid no llegue a faltarles la

Los «chavales» de Madrid tienen su invierno asegurado

leche de todo el invierno.»

Y el propósito está conseguido. Los madrileños, los *peques*, para quienes un cañonazo se ha convertido en un ruido familiar, tienen su invierno asegurado. No les faltará leche en los días hoscos que han empezado ya, en estos días que la guerra llena de una

inclemencia mayor. La Puericultura Municipal ha trabajado infatigablemente en torno a este problema. Y el fruto de su esfuerzo es que en el Madrid de la guerra los chicos pueden mirar sin inquietud este segundo invierno de la lucha.

Un nuevo proyecto

Relacionado con este aspecto de la alimentación de los chicos, existe un proyecto, aprobado ya, para la reorganización del servicio municipal de abastecimiento de leche. Merced a él, el número de establecimientos que hoy expenden la leche para los niños se amplía hasta treinta. La destinada a los enfermos se venderá en veinticuatro despachos —también a cargo del Ayuntamiento—, con doscientos litros cada uno.

Estos veinticuatro despachos se instalarán en los varios distritos de Madrid, teniendo en cuenta la densidad de población, y en lugares previamente estudiados para reducir al mínimo posible la molestia del consumidor.

Toda la leche que se produce en Madrid pasará, por tanto, conforme al nuevo proyecto, al Ayuntamiento, para su distribución. Será pasteurizada, y de la Central Pasteurizadora saldrá para los hospitales y enfer-

merías, para los niños, para la población civil enferma. Para el niño, para el herido, para el enfermo, toda atención es poca. El Ayuntamiento lo sabe y vela por ellos.

Así, el invierno será menos duro, y, dentro de la economía y de la alimentación de guerra, habrá un reparto equitativo y justo de toda la leche que se produzca en Madrid, lo que hasta ahora, desde que la contienda empezó, no había ocurrido, ciertamente, de un modo equitativo...

Ya lo saben, pues, los que desde lejos, y cara a los días de hielo y de lluvia, piensen con inquietud en el invierno de los chiquillos de Madrid. Diciembre se ha presentado con gestos hostiles: llueve, están encharcadas las calles, y un frío madrileño del mejor estilo—hondo, hondo...—cala los huesos.

Y todo ello bajo la guerra. Pero nuestros «chavales» tienen ya asegurado su invierno.



AQUELLA CASITA...

La guerra, que es ya por sí misma una invención mal-dita, acentúa todavía su trágico significado cuando se convierte en guerra civil: cuando el hombre se ve obligado a arruinar su propia tierra y el hermano manda la muerte a su propio hermano... Se desgarran entonces vínculos espirituales, ligaduras del alma, que dejan cicatrices imborrables. El hombre, dotado por instinto de un afán creador, de un íntimo afán fecundo, expande su amor a las cosas que le rodean, a las que dió vida con su esfuerzo, hasta a las que fueron pasivos instrumentos de su trabajo. El labriego ama la tierra que cultivó, aunque no le perteneciera; el combatiente quiere a su arma, el obrero cuida a su máquina, a su herramienta de trabajo.

Ley ineluctable de todo lo humano, secreto entrañable del hogar, cordialidad acogedora de las paredes que albergaron nuestra niñez, por desnudas y po-

bres que fueran... Primer grado de la solidaridad fundamento de la tribu, aglutinante del espíritu de localidad, de región, de patria, y, en último trámite, nexo de la utópica fraternidad universal y humana. El concepto de semejanza, de comunidad, de solidaridad, empieza en unos metros de tierra, en unas paredes hogareñas, en un campamento, en una aldea, y culmina en una bandera o en una idea. El hombre nunca es totalmente extraño al hombre. He aquí acentuado el horror de la guerra civil, que hace enemigos a los que la Naturaleza, y la tierra, y el habla, y la convivencia hacían tan iguales.

El pueblecillo se coronaba de humo, entreverado con lengüetazos de llamas. Reducto fascista, las tropas republicanas recibieron la orden de tomarlo. Al amanecer empezó el combate. Obstinate la resistencia, había que

graduar el ataque. Primero, la tronante preparación artillera.

En las afueras del pueblo, en una suave loma casi oculta entre olivos, una casa albeaba. En su terrado, el enemigo había emplazado ametralladoras, que, dominantes, barrían la llanada, el camino pando que daba acceso al poblado.

Las guerrillas se encontraban detenidas por las ráfagas de disparos, cortina de muerte que desde la azotea de la casa lanzaban una lluvia de fuego.

Hubo que traer una batería para hostilizar la casa. Dificil blanco. Pequeña, camuflada naturalmente por la arboleda, sólo su breve terraza, casi invisible en la distancia, era como un centinela de muerte. Desde los parapetos leales no se la veía; pero por el flanco, dando frente al pueblo, era una fortaleza, cuyo fuego incesante barría el camino.

Empezó a tronar el cañón, recién emplazado. Entre la borla verde, acerada, de los olivos se deshacían copos de humo, melenas de llamas. Pero la casita, erizada de bocas invisibles, parecía invulnerable. La circundaba un collar de explosiones y, engarzada en su centro, la terraza, convertida en observatorio y fortaleza, permanecía incólume.

En la llanada, bordeando el camino, los soldados, pegados a la tierra, confundidos con ella, no podían avanzar sobre el pueblo. A cada intento, de la casita bajaba una ráfaga ígnea que abatía a los hombres, como mieses segadas, sobre el terruño rojizo.

De repente, el dramático embrujo de la casita hostil empezó a deshacerse. Una granada republicana estalló en plena terraza. Y en seguida, otra y otra... Y dos más, con precisión matemática. Bajo la lluvia de metralla, la casita se hundía. Corona de incendio en el terrado. Las ametralladoras enemigas enmudecieron totalmente.

Libres del obstáculo, las guerrillas leales avanzaban triunfantes hacia el caserío.

El jefe de las fuerzas acudió a felicitar al artillero por los blancos magníficos logrados. No cabía más precisión en el tiro, más eficacia en el logro del objetivo. El teniente, que había manejado por sí mismo el cañón, rehuyó modestamente los parabienes del jefe. Dijo nada más:

—No tiene importancia, mi comandante. El blanco me era conocido. Ese pueblo es el mío, y en esa casita, que fué de mis abuelos y de mis padres, ¡nací yo!...

JUAN FERRAGUT

Explota solo

DURANTE uno de los combates en este frente, un tanque, conducido por soldados leales, sufrió un atasco a consecuencia de una avería en el motor. Como había llovido torrencialmente todos los días anteriores, el terreno estaba muy blando, y el tanque quedó atascado en un profundo bache. Los muchachos que ocupaban la máquina lucharon desesperadamente por volverlo a poner en marcha, intentando reparar la avería, bajo un fuego terrible, pues los fascistas, dándose cuenta de lo que pasaba, localizaron el tanque con incansables ráfagas de ametralladora y fusilería. Trabajar en aquellas condiciones era una locura; pero, como tantas otras gloriosas locuras, nuestros hombres se pusieron a ella sin vacilar. Un mecánico resultó muerto; otro, herido, y los otros camaradas de la dotación tuvieron que encerrarse en el tanque como en una fortaleza.

Iba ya obscureciendo, terminaba el combate, y no era posible a nuestros compañeros salir del tanque, que había quedado en lo que en la guerra se llama «tierra de nadie»: es decir, entre nuestras trincheras y las enemigas, y en un espacio completamente batido.

Apenas se hizo de noche se organizó con todo sigilo el salvamento de aquellos valientes. Siete soldados voluntarios, elegidos a la suerte (porque todos se ofrecían, pero no era posible para no alarmar al enemigo), saltaron de nuestra trinchera.

Arrastrándose hasta muy pocos metros del enemigo consiguieron llegar al tanque; entraron en él, y con la ayuda de los camaradas que allí había se dedicaron a desmontar y recoger las ametralladoras, municiones y todo el material útil de la máquina. Toda la noche permanecieron en el tanque los compañeros. A su pesar, el ruido que hacían, por pequeño que fuera, debía ser oído desde las trincheras fascistas; pero éstos, acaso temiendo una emboscada, no se atrevieron a salir.

Poco antes de amanecer, nuestros soldados abandonaron el tanque, ya inservible y desprovisto de todo material, que había sido rescatado.

Llegaron en silencio y sin novedad a nuestra trinchera, pero no sin antes haber dejado en el tanque unas buenas bombas preparadas.

A los pocos momentos, los explosivos hicieron su efecto, y el tanque voló en mil pedazos, con gran sorpresa de los fascistas, que no habían visto nada y vieron,



Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

asombrados, que la presa que ellos ya creían segura «explotaba sola».

Este rasgo de heroísmo de nuestros soldados mereció las felicitaciones de todos, y es una prueba del espíritu de solidaridad, el entusiasmo y la gran moral que anima a nuestro glorioso Ejército Popular. — EUSTAQUIO ULLOA, Del frente del Este. »

El carnero en "tierra de nadie"

«Habría poco más de cien metros de nuestra trinchera a la del enemigo. Campo raso que, destinado a huerta, había estado sembrado de habas. Cuando llegamos allí, el fruto estaba granado y en sazón. Ni que decir tiene que en dos o tres noches, saltando la trinchera, nosotros habíamos recogido «la cosecha» de nuestro lado. Y suponemos que los fascistas cogían también las de las matas próximas a sus parapetos.

Ahora bien: las del medio del campo no las recogió nadie; allí se cayeron y secaron. Era una zona «ni de uno ni de otro», y en la

que podían coincidir los fuegos de las dos trincheras.

Bueno; pues en este punto medio, precisamente donde habían quedado las habas sin coger, una mañana amaneció un carnero, un hermosísimo ejemplar de casta, de muchas libras. Un verdadero banquete. ¿De dónde había venido? ¿Cómo había llegado hasta allí por el campo erizado de trincheras? Eso no se supo entonces, ni se sabrá nunca.

Lo cierto es que una buena mañana el animal apareció allí, entre las dos líneas, pastando tranquilamente, ajeno a todo. La perspectiva de un buen asado nos encalabrino a todos. Es de suponer que lo mismo ocurriría en la trinchera fasciosa. Pero el carnero era, por lo visto, un «neutral». O un suicida. Se había plantado justamente en medio del campo, a igual distancia de las dos fuerzas. Ciertamente que bastaba un buen tiro de uno o de otro lado. Pero, ¿quién era el guapo que iba a recogerlo? Lo mismo, sin duda, debieron pensar allá, porque, como si se hubiera pactado una tregua, transcurrió una hora sin que se oyeran un solo disparo. Matar al carnero era fácil. Pero comerlo, que era lo importante, se presentaba difícil. Seguramente, desde el otro lado contemplarían al animalito con los mismos ojos de codicia que nosotros.

En estas dudas estábamos cuando el camarada Paco vino a resolver la situación. Paco es extremeño y tra-

bajador del campo. Ha hecho muchas veces «la montañera» por tierras de Castilblanco, y desde niño conoce el trajín de las «merinas» trashumantes que bajan desde Castilla por los viejos caminos de mesta: el clásico «cordel», en Toledo; «cuerda», en campos de la Mancha.

Paco estudió la situación, y dijo:

—Ahora veremos «si es de ley» ese «morueco». Si no es un descastado, conocerá el silbo del pastor y acudirá al reclamo.

Cogió Paco un pequeño canto, se asomó con cuidado al parapeto, lanzó un silbido breve, agudo, seguido de otro más largo, y lanzó la piedra con tal destreza que fué a dar justamente entre las patas traseras del carnero.

El animal dió un respingo; enarcó el lomo, atendió al silbido, y se lanzó como una flecha hacia nuestra trinchera. Los fascistas, entonces, le enviaron una rociada de tiros. El animal cayó muerto al pie de nuestro parapeto.

—¿Veis?—decía, jubiloso, Paco—. El «morueco» es de ley, de los buenos. Viene con «lo suyo», con el pastor, que es el que le conoce y le cuida. Se ha portado como un héroe; le han matado por reunirse con nosotros.

Ni que decir tiene que, con todos los respetos al «héroe» lanudo, nos lo comimos aquella noche. ¡Tenía tres balazos; pero estaba muy bueno!—ANTONIO OTERO SAN JOSÉ. En el sector de Extremadura. »

¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribas a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente, MUNDO GRÁFICO recogerá los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.

Así murió, una mañana de otoño, *Mata-Hari*. Murió para la vida y nació para la leyenda y para la novela. Su fusilamiento causó en todo el mundo una enorme sensación. El nombre y el drama de la bailarina famosa inspiraron, a partir de entonces, una larga serie de informaciones periodísticas, de estudios, de libros. Desde Gómez Carrillo a Guido da Verona, la tragedia de *Mata-Hari* ha estado presente de modo continuo en el pensamiento de periodistas y novelistas.

Y no ya sólo periodísticamente, novelescamente; desde el punto de vista histórico, documental, su figura ha apasionado también. Los historiadores y los intérpretes de la Gran Guerra han ido hacia la silueta de aquella mujer, queriendo desentrañar en ella la verdad del drama de Vincennes. ¿Mereció, en realidad, aquella muerte *Mata-Hari*?

El suicidio de Ana Witing

Una figura tuvo importancia decisiva en la parte final de la vida de *Mata-Hari*: la de Ana Witing. Ella fué la que descubrió que la bailarina era la espía *H-21*. Cuando acabó la Gran Guerra, Ana Witing contrajo matrimonio con su novio, el conde de Chilly. Y se dedicó al arte cinematográfico, en el que alcanzó un extraordinario éxito. Había cambiado de nombre: en el mundo del cinema era ahora Claude France. Muy pocos, al ver sus películas, sabían que tras aquel nombre se escondía la mujer que descubrió a *Mata-Hari*.

Claude France era célebre: triunfaba, reía, ganaba sumas magníficas de dinero. Pero algo pesaba sobre ella, ensombreciendo sus triunfos, poniendo hielo en sus sonrisas y sobresaltos en sus sueños. El recuerdo de *Mata-Hari*, de la mujer fusilada en Vincennes, acompañaba trágicamente las horas de Ana Witing. Aquel recuerdo se hacía pesadilla, angustia que atenazaba el alma de la nueva estrella, impidiéndola ser feliz, plantándose como una sombra de agorería sobre sus horas de triunfo. *Mata-Hari*, silenciosa y fantasmal, alzándose dramáticamente, como una voz acusadora, del poste de Vincennes, acompañaba por todas partes a Claude France. La estrella no podía liberarse de esta acompañante espectral. El recuerdo la angustiaba, la ahogaba. Hasta que un día—hacía ocho que la guerra había acabado—, en un elegante hotel de París (rue de la Faisanderie, 31), se suicidó, disparándose un tiro en la cabeza.

El amante, en la Cartuja

La novela parecía poner su sello de emoción sobre todo lo que en vida estuvo cerca de *Mata-Hari*. Y así, un día, el marqués Pedro de Montessac, el que derrochó fortunas y vivió alegremente; el que sintió el vértigo alegre del oro y los latigazos de la necesidad; el que conoció los trabajos y los riesgos del espionaje; el que llegó tarde para salvar a *Mata-Hari*, entró en el claustro de una Cartuja. En España, en el silencio y el misterio de la Cartuja burgalesa de Miraflores, hundió su pasado, su amor y su dolor, el amante de la bailarina fusilada.

El espectro de la bailarina fusilada

Los días fueron haciendo su obra de olvido. Allí, en el cementerio de Vincennes, quedaba el cuerpo de *Mata-Hari*. Sobre la sepultura, unos cuantos amigos habían alzado un pequeño monumento de mármol blanco. La casa que la artista tuvo en Neuilly fué un día puesta en venta. Una artista noruega la adquirió; mas no se atrevió a vivir entre aquellos muros; las buenas gentes de Neuilly decían que tras los ventanales de la casa aparecía el blanco espectro de la bailarina fusilada.

Y otra vez hubo de ponerse en la verja del hotelito el cartel de *A vendre*. Era un hotel de traza

La vida, el amor y la muerte de "Mata-Hari"

XVI

Después: un suicidio y una interrogación...

holandesa, rodeado de un jardín, que el abandono y el tiempo fueron convirtiendo en campo de maleza. En esta mansión vivió sus mejores días de triunfo *Mata-Hari*. Allí se dieron fiestas magníficas, con la asistencia de políticos, de millonarios, de militares, de escritores.

Casi todas las ventanas ofrecían bellos vitrales multicolores, que filtraban y tamizaban la luz. La ventana de la alcoba de la artista tenía ante su vitral una admirable reja andaluza, que la bailarina compró en España. Disimuladas por el alto zócalo de madera tallada que guarnecía la pared había dos puertas secretas. Una daba paso a una pequeña habitación contigua. La otra descubría, al ser abierta, una estrecha escalera, construida entre dos muros próximos, y que conducía a las dependencias de la servidumbre, situadas en el piso bajo. Por estas puertas secretas—se decía—salía más de un capricho amoroso de la bailarina huyendo del amante oficial que se presentaba inesperadamente.

Junto al garaje de la casa puso una taberna el que fué portero de *Mata-Hari*. El recuerdo de la bailarina fusilada surgía muchas veces en las conversaciones con los clientes, con los vecinos.

—Yo no sé—decía—lo que hizo para que la condenaran a muerte. Sólo sé que era muy hermosa, y para nosotros, sus criados, muy buena.

El paso del tiempo pone serenidad en las pasiones y hace ver las cosas desde puntos de vista nuevos. Cuando ya el cuerpo de *Mata-Hari* descansaba bajo la tierra de Vincennes, en algunos pensamientos se formuló la inquietante interrogación: ¿fué fusilada con justicia *Mata-Hari*? Y se ha recordado su proceso y los cargos que en él se hicieron a la bailarina, y algunos hechos conocidos después.

Entre aquellos cargos, el de mayor gravedad era el de haber causado, merced a sus informaciones de espionaje, miles de bajas al Ejército francés en un ataque que se convirtió en una verdadera hecatombe. Se dijo que había recibido de manos del ministro Malvy los planes para una operación militar—el ataque a las posiciones alemanas del Chemin des Dames—preparada por el general Nivelle. Según la acusación, Malvy había tenido una íntima amistad con *Mata-Hari*, y a la influencia de la bailarina sobre el ministro se debía la supuesta traición de éste. Se creyó que *Mata-Hari* se había trasladado a España con aquellos documentos, entregados por ella al embajador alemán en Madrid, príncipe de Ratibor. Y la bailarina fué fusilada.

Sin embargo, después, Malvy—encarcelado, amenazado por una sentencia de muerte—fué absuelto. Painlevé, ministro de la Guerra, pronunció en el Parlamento un discurso, que significó la absolución de Malvy. En ese discurso, Painlevé reveló que el desastre del Chemin des Dames—veinticinco mil soldados muertos—fué debido a la obstinación del general Nivelle, empeñado en realizar un ataque cuyo plan y cuyos detalles eran conocidos del mando alemán. Quince días antes del señalado para la operación, cinco oficiales franceses, que llevaban los planos de ésta en los bolsillos, habían sido hechos prisioneros por los alemanes.

Cuando empezó el ataque, el mando alemán, naturalmente, tenía preparado todo para hacerle fracasar. Esto lo sabían los oficiales franceses, que, a pesar de ello, no pudieron convencer a Nivelle de lo arriesgado y absurdo que era emprender una operación en esas condiciones, conocidos por el enemigo los datos más interesantes. El final no podía ser otro que el desastre. La obstinación de un general costó a Francia miles de soldados.

Nivelle fué destituido. Malvy, absuelto de la acusación de traición que sobre él pesaba, a la vista de los nuevos hechos conocidos. Mas cuando todo esto ocurría, *Mata-Hari*—que nunca se confesó culpable del delito de espionaje—había sido fusilada ya. Y ella, sin embargo, no fué la causante, como primero se creyó, de aquel desastre en el Chemin des Dames.

De aquel 15 de Octubre, en el polígono de Vincennes, se han cumplido ya veinte años. *Mata-Hari*—carne inerte en un cementerio tranquilo—se alza al cabo de aquel tiempo y formula ante los hombres una interrogación angustiosa, con toda la angustia de lo que es ya irremediable:

¿Fué realmente culpable del delito que la llevó al piquete de ejecución? ¿Debió ser fusilada aquella mujer que entró en la muerte con una sonrisa de serenidad?

1917 - 1937. En la conciencia de los hombres se alzan hoy esas preguntas angustiosas. Pero *Mata-Hari* duerme ya su sueño eterno en el cementerio de Vincennes.



En el próximo
número

**Mademoiselle
Doctor**

La vida y las aventuras de
una espía extraordinaria

UN TALLER COMO HAY TANTOS...

Las muchachas que trabajan para la guerra

Una nueva estampa de las modistas de Madrid

Sin necesidad de empuñar el fusil, sin necesidad de unirse a las escenas dramáticas y terribles de la guerra, la mujer se ha incorporado apasionadamente a la lucha. No sólo ha puesto en ella su aliento y su fervor, su fe y su entusiasmo; ha puesto, además, su trabajo, su atención constante, el sacrificio de su tiempo y de su esfuerzo. ¿Cuántas mujeres trabajan hoy, en nuestras provincias por la guerra en las actividades múltiples que la tremenda contienda exige? ¿Cuán-

tos ojos de mujer están ahora intsigablemente inclinados sobre las prendas que irán luego a los combatientes? ¿Cuántas obreras, y cuántas sastras, y cuántas enfermeras?

En las naves de los talleres, racimos de muchachas cosen y cosen. Carmen, Isabel, Maruja, modistas de ayer, son hoy obreras de guerra. Han olvidado la estampa suya, que era ya clásica—el mantoncillo de crespón, la verbena, el chotis pinturero—, y sin perder su garbo y su estilo, han adquirido una nueva gravedad, un acento sobrio y firme, a tono con la hora de España. Como si en ellas hubiese penetrado la conciencia de que esa humilde tarea suya—coser, coser, coser—es, como tantas otras tareas también sencillas, un granito más de arena a la gran obra común. Por ese infinito engranaje de las cosas, de todas las cosas en esta hora de guerra, una puntada en uno de esos talleres puede estar unida a un tiro en las trincheras. Para que los combatientes puedan luchar son necesarias aquí, en la retaguardia, muchas cosas. Y entre ellas, que esas modistas de la estampa verbenera de ayer no cesen de coser sobre las ropas que irán, más tarde, a los hombres de los talleres.

He aquí uno de esos talleres. Uno cualquiera, uno de tantos como en esta hora española trabajan para la guerra. Una treintena de muchachas, familiares de trabajadores de la Casa de la Moneda, cosen y cosen. El

responsable del taller—el camarada Flores—, también empleado en el mismo establecimiento—corta sobre una mesa larga. Suenan constantemente las máquinas de coser. Junto a las oficiales—aquella Carmen, y aquella Isabel, y aquella Maruja que en Junio sabían ponerse el mantoncillo de crespón para bajar a la ermita—, las ayudantas rematan las prendas. Hay en todas ellas una viva emulación por ser las que más trabajo rindan en la jornada. Muchacha hay que en un día hizo ocho prendas.

Lleva funcionando el taller catorce meses. Se hacen solamente en él pantalones para los soldados. A lo largo de aquel tiempo, cerca de veinte mil prendas de tal clase se han confeccionado por estas muchachas. Se trabaja, claro es, según los pedidos que hace el Ministerio de Defensa Nacional. Ahora se está trabajando para un encargo de cuatro mil pantalones. La producción puede ser de mil cada quince días. Y las muchachas cobian según el número de prendas que hagan, en relación directa con su trabajo.

El ritmo de la máquina de coser es continuo. Las cabezas de las muchachas están atentamente inclinadas sobre la tarea. Pasan las prendas, del cortador, a las muchachas; de las oficiales, a las ayudantas. Luego, en un lado del taller, forman enormes montones, listos ya para el envío. Las muchachas trabajan con una especie de alegre gravedad, de sentido sonriente de su responsabilidad. En la vieja estrofa campamoriana se decía que «repercutirá en Tonkín—un beso dado en Cantón». Así también, por esa ley de correspondencia de todas las cosas—más viva y cierta en la guerra todavía—, parece también como si estas Carmen, Isabel y Maruja supieran que las puntadas de sus agujas iban a tener un eco en las trincheras de cualquier frente.

—Una cosa quisiéramos—dicen, en un alto de la tarea—: que se nos considerase plenamente, para todos los efectos, y como en muchos talleres se ha hecho ya, como obreras de guerra. ¿No cree usted que podemos tener ese derecho después de los meses y meses que llevamos trabajando?

Un derecho legítimo el de estas modistas madrileñas que dejaron de hacer prendas con destino a otras mujeres para hacer ahora ropas para los hombres de las trincheras. Ahí queda su deseo, para que pueda ser recogido por quien corresponda.



El responsable del taller lleva ya cortados miles de pantalones con destino a los combatientes
(Fots. Vide)



Un aspecto parcial de este taller, del que han salido ya millares de prendas para los luchadores de los frentes



Una de las bellas muchachas que trabajan en este taller de ropas para los soldados

ACTUALIDADES



↑ La Mesa presidencial del pleno de Izquierda Republicana que se ha celebrado estos días en Madrid (Fot. Videca)

← El escenario del Coliseum, de Barcelona, durante el acto organizado en homenaje a Pablo Iglesias por las Agrupaciones Socialistas refugiadas en Cataluña (Fot. Torrents)

Valencia.—El director de «Adelante», Antonio Huerta, hablando, en nombre de la Ejecutiva del Partido Socialista, durante la inauguración de la lámpara que da el nombre de Pablo Iglesias a una avenida de la capital levantina (Fot. Vidal Corella)

TRÍPTICO

Ida y vuelta por las trincheras

CUANDO el gallo metálico de las cornetas saluda al sol recién nacido, las chavolas y religics empiezan a vomitar hombres con flecos de sueño en los ojos y una carraspera que no tiene a mano el bar madrugador para «matar el gusanillo». Por el dédalo de trincheras abiertas en la tierra, como un látigo dormido en la tierra enfangada, van y vienen los soldados en las faenas del relevo. No se oye el ruido de un disparo. Ni aun el mazazo brutal de los cañones, que otros días pueden oírse incluso desde el centro de Madrid. En el cielo, lleno de nubes, hay un sol tímido, sin fuerzas para dar calor a los cuerpos, todavía un poco anestesiados por el sueño reciente.

Pero, de pronto, en un recodo de las trincheras recién construídas empieza a reventar el plomo. «¡Cuidado, mucho cuidado!», nos dice el comandante en el momento de iniciarse un diálogo de tiros: de fusil, de ametralladora... Los morteros ponen un vómito de metralla de trinchera a trinchera. Desde una y otra parte se dispara fuerte durante largo rato. Los aparatos ópticos, sin necesidad de sacar la cabeza más arriba de los sacos terreros, descubren las ruinas de una casa famosa en el sector, en la que todavía se parapetan los fascistas. Entre los escombros quedan aún guardias civiles y moros, hechos al aguardo del tiro propicio, que casi siempre meten las balas por las trincheras.

Luego se vuelve poco a poco a la calma, aunque no tan intensa como al amanecer. Vuelve el silencio con igual rapidez con que se encendió, en diálogo de pólvora, el estruendo de la lucha. Junto a mí, un oficial advierte a los soldados—palabra sobria, opertuna y previsora—que no se dejen engañar por esta calma súbita, que pudiera envolver el propósito de un ataque inesperado. Entre nuestras líneas y las del enemigo hay poca distancia. Ahora mismo, en el cuajaron de silencio rápido que se ha tendido entre las dos trincheras, sería fácil oír las conversaciones de los facciosos, si no estuvieran los oídos abrumados aún por el estruendo de la fusilería y de los morteros.

A nuestras espaldas, resguardados en el ángulo que forma una de las paredes de un chalet que fué aristocrático y la empalizada que circunda el jardín, un grupo de soldados del Ejército Popular toman el poco sol que viene del cielo tamizado por las nubes. Dentro está la escuela de analfabetes, a la que acuden cada día menos alumnos porque el afán de aprender a leer y a escribir rápidamente pone cada día nuevas bajas en la fila escolar. Entre los alumnos hay hombres fuertes, de piel tostada y áspera, curtida y recurtida por el trabajo, y vuelta a recurtir, después del 18 de Julio, por el solazo de dos veranos y el frío violento de otros tantos inviernos. Son trabajadores de la tierra, de la mina, del taller; hombres hechos al duro esfuerzo diario de los trabajos más violentos y agotadores. En la puerta están los de aire ciudadano inconfundible, en los que se adivina una profesión reposada y tranquila de hombres de oficina o de profesiones liberales.

De pronto, el cielo, indiferente a la guerra, empieza a dejar caer sobre las trincheras una lluvia menuda y fría, que hace de plomo los capotes.

Al final de las trincheras recién construídas, que llevaron un mensaje de tiros eficaces hasta la proximidad de los parapetos del enemigo, siguen trabajando—músculos tensos y un sereno afán de labor tranquila ante la coacción de las ametralladoras fascistas—los hombres de Fortificaciónes. Mucho antes del lugar de trabajo está una casa, caída en nuestro poder pocos días antes. Viene conmigo, paqueándome con recomendaciones de prudencia, el comandante que la tomó.

Cuando los soldados llegaron hasta allí, con su comandante al frente, se encontraron con un cadáver guardando la puerta. Un cadáver mutilado, que debía llevar allí muchos días, porque los gusanos que los médicos llaman trabajadores de la muerte le habían molido a placer en la carne sin palpitación de vida. Al cadáver le faltaba la cabeza, y no hubo modo de encontrarla por aquellos alrededores. Tenía puesto un «mono» de miliciano, y bajo él, un uniforme con las insignias del fascio. Junto a la mano, violentamente cerrada en el espasmo supremo de la muerte, tenía dos pistolas ametralladoras. Y en un bolsillo de la guerra, una lista de hombres de su compañía—oficiales y soldados—que le debían dinero.

ANTONIO OTERO SECO

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15 CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

TAQUIGRAFIA, por Martín Ezala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Sexta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya, Carretas, 37. Madrid.

PARA anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas». Avenida de Pi y Margall, núm. 9, entresuelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

PARA ADELGAZAR
SABELIN

Composición de hierbas medicinales. No deja señales de la OBESIDAD, conservando las carnes fuertes y sin arrugas. NUNCA PERJUDICA. ¿Quiere convencerse? Pruebe tan sólo una caja o pida folleto a **Laboratorio Sokatarg, Ter, 16, Barcelona.** Agente en Cuba: J. Carlos Guasch, Apartado 825, Habana.

VENTA EN PRINCIPALES FARMACIAS

Depósitos en Madrid: Durán: Tetuán, 9.—J. Martín: Alcalá, 2.—F. Casas: Mayor, 6.—Riesgo: Mayor, 7.—Gayoso: Arenal, 2.



Espectáculos

PALACIO de la MÚSICA

2.^a semana de grandioso éxito del film de las carcajadas

Un par de gitanos

Insuperable creación de los ases de la gracia
STAN LAUREL y OLIVER HARDI

SALAMANCA

Exito del gran film

El rey de los condenados

Una maravillosa película de luchas trágicas que jamás se olvidará

con
Conrad Veidt

AVENIDA

3.^a semana de la emocionante y sensacional película

LA ULTIMA AVANZADA

con Cary GRANT
Claude RAINS y Gertrude MICHAEL

PRENSA

Grandioso éxito

LUPONINI

El terror de Chicago

¡Una ciudad en peligro de muerte!

Un film de intensa emoción

ACTUALIDADES

Gran éxito

UNA NOCHE EN LA OPERA

Por los hermanos MARK

Un millón de carcajadas por segundos

CAPITOL

4.^a semana de grandioso éxito de la colosal superproducción de ambiente revolucionario

JOAQUIN MURRIETA

Genial creación de Warner Baxter

MONUMENTAL

Grandioso éxito de la producción nacional de gran emoción

Barrios Bajos

con José Telma y Rosita de Cabo

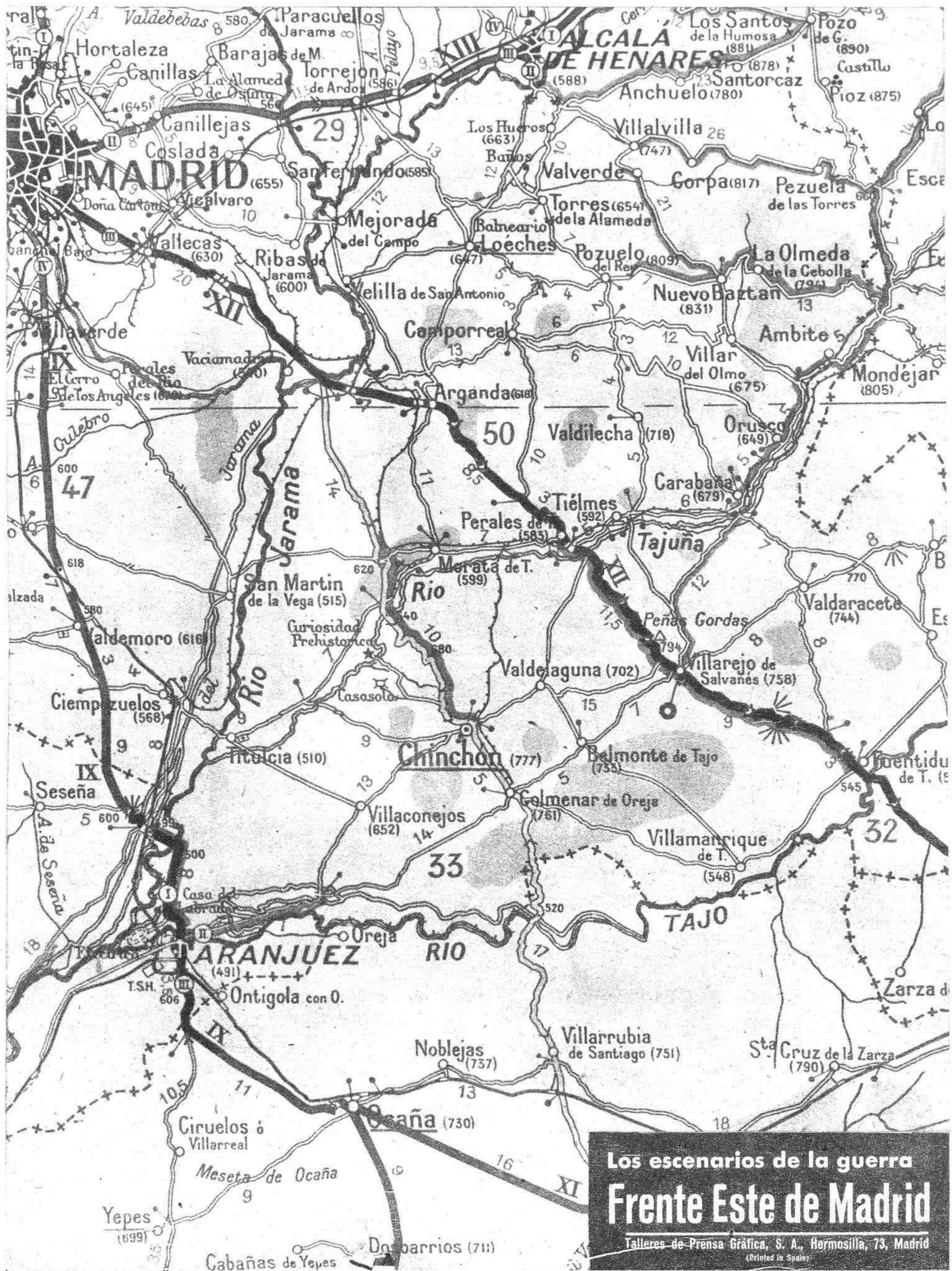
RIALTO

GRANDIOSO EXITO de la formidable película de gran espectáculo

BROADWAY MELODY

Genial creación de
ROBERT TAYLOR

y
ELEANOR POWELL



Los escenarios de la guerra Frente Este de Madrid

Talleres de Prensa Gráfica, S. A., Hermosilla, 73, Madrid
(Printed in Spain)